

Aprendiendo a 'estar' en la presencia de Dios.

Muchos *'oran'* pero, al parecer, pocos son los *'orantes'*. Se puede estar vivo como *'hacedor'* de cosas y dinamizador de movimientos, y muerto o debilitado como realidad teologal. Al parecer, muchos hacen de la oración un *'fragmento'* de su vida; pocos, en cambio, hacen de la oración *'eje'* de su vida.

Tenemos mucho adoctrinamiento sobre la oración y mucho prurito de hablar de ella como un referente necesario; pero, es menos, al parecer, nuestra cultura oracional, la que afecta a nuestro corazón, a nuestra necesidad insondable de ser completos: de *'ser'*, simplemente. *' Si hay algo (...) que deje mucho que desear, es ciertamente la educación para la oración'* (R. Graef).



Sentimos poca necesidad de fundamentar nuestra relación con Dios en la oración; mucha, por el contrario, en nuestra propia actividad, o activismo, que puede representar una tragedia teologal disimulada: *'estoy muy ocupado'*; *'no tengo tiempo'*. Y es cierto. Pero, tal vez no tenemos tiempo porque no valoramos suficientemente la eficacia de lo que parece una pérdida de tiempo en la soledad de estar con Dios en su soledad y en la nuestra recuperada. Me complace la definición de *'enamorarse'* de la lengua inglesa: *fall in love*; *'caer en el amor'*. Por otra parte, es necesario restablecer el equilibrio de saber *'estar con la multitud'* y de saber *'estar solos ante el solo'*, como formula un Padre de Iglesia. Es éste un equilibrio que hay que enseñar y que hay que aprender: realizar nuestra *singularidad*, nuestra *'soledad'*, como un jarro de arcilla modelado en un sosegado taller de alfarero; y saber pasar a ser de utilidad pública y poder dar de beber de ese jarro, agua fresca, por amor al Maestro. Sabia la afirmación del Tao-Te-King: *' Modelando el barro se hacen las vasijas, y es de su vacío del que depende la utilidad de las vasijas de barro'* (LV [XI]). En nuestra cultura de la exterioridad no es fácil, ni se entiende bien, cómo elaborar esa *'invisibilidad'*, que es nuestro vacío, como una gran utilidad para estar en la presencia de Dios y para estar en el pueblo. Y, no obstante, es una responsabilidad que nace en la soledad de ese desierto y *'despoblado'* (*éremos*) (Mc 1,35), imprescindible para buscar y realizar la sublime singularidad que nos puede revelar

quiénes somos de verdad. Él nos conoce por nuestro nombre propio (Jn 10,3). Y no es el nombre ‘de pila’-como se dice; es el nombre que nos da en un acto original y exclusivo cuando nos nombra, nos llama y nos crea. Esa llamada es una vocación singular, que tenemos que desarrollar porque es una responsabilidad. El vacío, la soledad, el desierto nos la descubre. A partir de ahí, y desde ahí, nace la fidelidad a una multitud que nos busca (Mc 1,37).

Buscando nuestra singularidad como vocación encontramos nuestra presencia entre los hombres, el pueblo, la gente (*ójos*, dice la escritura). Y es la forma de afirmar nuestra presencia en la Iglesia, que tiene como quehacer esencial la oración: ‘*La Iglesia es la sociedad de hombres que oran. Su fin primordial es enseñar a orar*’¹. ‘Hace falta, pues, que la educación en la oración se convierta de alguna manera en un punto determinante de toda programación pastoral’².

Necesitamos recuperar esa singularidad que, paradójicamente, nos inserta y se realiza del todo en un proyecto común, enriqueciéndolo con una presencia adquirida sólo en esa sublime soledad de ser uno mismo en la presencia de Dios. Como Jesús, a quien le definía esa relación singular con su Padre, de la que habla Joseph Ratzinger (Benedicto XVI): ‘*Para entender a Jesús resultan fundamentales las repetidas indicaciones de que se retiraba ‘al monte’ y allí oraba noches enteras, ‘a solas’ con el Padre*’³.

Una auténtica cultura de la interioridad nos devolvería la idea y el sentimiento de que la oración es la clave de nuestra verdad y de nuestra ‘identidad’ como ‘personas’. La oración implica, no sólo la verdad de nuestra relación con Dios, sino también, una verdadera experiencia humana. ‘Ser’ es ‘ser orante’, y en la medida en que lo somos. Acabo de releer la afirmación del Abad Guillermo: ‘*Nos habías hecho para algo que no podíamos ser sin amarte*’ (Lunes III semana de Adviento). Tal conciencia de presencia no la realizamos fundamentalmente, ni principalmente, desde el propio trabajo, actividad o activismo; la realizamos, imprescindiblemente, desde nuestra singular pobreza de ‘*ser sólo una relación de amor*’ desde nuestra pobreza reencontrada. A elaborar esa bella y esencial ‘*vacío-utilidad*’ de nuestro jarro de arcilla deseo dedicar algunos breves escritos. Aunque teoría, pueden facilitar siquiera un poco, y en algunos, algo de lo que llamo ‘cultura de la oración’.

1. Pablo VI, *La Iglesia es la sociedad de los que oran*, Audiencia general, 20,VIII, 1966.

2. Juan Pablo II, ‘*Novo Millennio ineunte*’,34.

3. Joseph Ratzinger, *Jesús de Nazaret*, La Esfera de los Libros, Madrid 2007, 29.

Nicolás de Ma. Caballero, cmf

Publicado en Ciudad Redonda

www.ciudadredonda.org/articulo/aprendiendo-a-estar-en-la-presencia-de-dios